

Blackmoore

JULIANNE DONALDSON

Blackmoore

Libros de
seda

Blackmoore

Título original: *Blackmoore*

Copyright © 2013, Julianne Clawson Donaldson
Published by agreement with Rights People, London

© de la traducción: Beatriz Vega López

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Germán Algarra
Maquetación: Books & Chips
Imágenes de la cubierta: AgeFotostock y Thinkstock

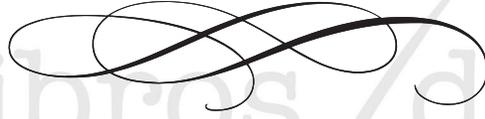
Primera edición: febrero de 2015

Depósito legal: B. 615-2015
ISBN: 978-84-15854-29-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirija-se al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para los soñadores de todos los rincones del mundo.



Capítulo 1

Lancashire, Inglaterra. Julio de 1820

El delicado canto de la alondra es sinónimo de pena; el reclamo de la golondrina, una rítmica carrera a dos notas; y la canción del mirlo, un silbido que marca la vuelta al hogar.

Fue la alondra la que me atrajo a la ventana aquella mañana. Detuve mi deambular incesante por la habitación, apoyé las manos en el alféizar y me asomé para oírla mejor. Durante un breve instante, aquel relato de tristeza y dolor mitigó mi desasosiego. Poco importaba cuántas veces me detuviera a escuchar su canto, las notas finales nunca eran alegres.

Solía preferir el canto de la alondra a ningún otro, pero aquel día su lamento solo consiguió acrecentar mi



intranquilidad. Me alejé de la ventana y me volví compulsivamente para echar un nuevo vistazo al reloj situado sobre la repisa de la chimenea. Las tres. Maldije el lento paso del tiempo en aquel día en el que nada me quedaba ya por hacer, salvo esperar. Aún faltaban algunas horas hasta que cayera la noche y pudiera irme a dormir. Al día siguiente despertaría y partiría hacia Blackmoore. La espera debería haberme resultado agradable; al fin y al cabo, llevaba toda la vida esperando poder visitar Blackmoore. No obstante, en aquel último día, la espera se me antojaba insoportable.

Abrí el baúl de viaje, saqué la partitura de Mozart que había guardado allí esa misma mañana y abandoné mi habitación. En cuanto abrí la puerta, me llegó el sonido de un llanto. Eché a correr por el pasillo y bajé las escaleras de dos en dos. María yacía en mitad de la escalera.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté deteniéndome un peldaño por encima de ella.

Me incliné sobre su cuerpo postrado mientras por mi mente desfilaban todas las calamidades que podían haberle acontecido a mi hermana pequeña mientras yo me dedicaba a deambular por mi habitación.

María se puso boca arriba y se quedó mirando al techo. Tenía su melena castaña y ondulada adherida a sus empapadas mejillas y su pecho se agitaba con ímpetu debido a la fuerza de sus sollozos.

—Contéstame, María —exigí zarandeando su brazo con delicadeza—. ¿Qué ha pasado?



—El se... El señor Wilkes se ha ido y no volverá nunca.

Me eché hacia atrás y la miré con recelo.

—¿De verdad estás llorando por el señor Wilkes?

Por respuesta solo obtuve un nuevo sollozo.

Me saqué el pañuelo del bolsillo y lo acerqué a su rostro.

—Tranquilízate, María. Ningún hombre merece todo este sufrimiento.

—¡El señor Wilkes sí!

Me resultaba difícil creerlo. Intenté limpiarle la cara con el pañuelo, pero ella me apartó la mano. Dejé escapar un suspiro.

—¿Sabes que hay sitios más cómodos que la escalera para llorar?

—¡Madre! —gritó María apretando los puños con furia—. ¡Kitty está siendo desagradable conmigo otra vez!

—Kate —le recordé—. Y no estoy siendo desagradable, solo práctica. Hablando de ser prácticos... —Volví a acercar el pañuelo a su cara—. ¿Cómo puedes respirar con tanto líquido en la cara?

María apartó mi pañuelo con un nuevo sollozo.

—Llévate tu sentido práctico a otra parte, yo no lo quiero.

—Por supuesto que no —repliqué notando cómo mi paciencia se esfumaba—. Lo que tú quieres es llorar en mitad de la escalera por un hombre al que no has visto más de cinco veces.



—¡Madre! —gritó mientras me fulminaba con la mirada—. ¡Kitty está siendo mezquina conmigo otra vez!

—Kate —repetí mientras mi propio enfado iba tomando forma—. Mi nombre es Kate. Y nuestra madre ni siquiera está en casa, ha salido. En fin, si tú te niegas a entrar en razón, yo me niego a consolarte. Ahora si me disculpas, Mozart me espera.

Mi hermana me desafió con la mirada y no se movió ni siquiera un milímetro, por lo que tuve que agarrarme al pasamanos y saltar por encima de ella para llegar al pie de la escalera. Entré en el salón meneando la cabeza, furiosa, y cerré la puerta con firmeza tras de mí. Al poco, me llegó alto y claro un nuevo lamento de María. Mi gata, que estaba acurrucada sobre el pianoforte, arqueó la espalda y maulló al unísono.

—¡Oh, tú también no! —exclamé fulminándola con la mirada.

Existen muchas maneras de interpretar mal a Mozart, pero una única forma de hacerlo bien. Se supone que uno debe interpretar a Mozart con la misma precisión con la que abordaría una ecuación matemática. Se supone que la música debe fluir de forma regular, que cada nota debe ser como el soldadito obediente que no se toma más que el espacio de tiempo que le ha sido concedido. En Mozart no tiene cabida la irritante influencia de la pasión, ni tampoco una gatita llamada *Cora* arañándose el hombro en su intento por huir del molesto ruido; aunque definitivamente lo que no



tiene cabida en Mozart son las hermanas que se lamentan frente a la puerta del salón en el preciso instante en el que yo intento practicar.

Después de intentar durante algunos minutos tocar por encima del ruido que armaba María con sus sollozos, quedaba claro que estaba interpretando mal a Mozart. De hecho estaba aporreando las teclas con tanta pasión que me rompí una uña.

—¡Maldita sea! —murmuré a la par que me llegaba un nuevo lamento desde el pasillo. Eché la cabeza hacia atrás y grité por encima del ruido—: ¡No se puede interpretar a Mozart de esta manera! ¡Es un insulto para su talento musical!

Oí unos pasos presurosos al otro lado de la puerta y los sollozos de María dieron paso a un discurso prácticamente incomprensible.

—Kitty ha sido tan mezquina, madre. No muestra la más mínima compasión por mi sufrimiento y me ha dicho que me fuera a llorar a otro sitio, y eso que cualquiera puede ver que yo no elegí este lugar para llorar, sino que sentí la necesidad de llorar y resulta que estaba cerca de las escaleras cuando el impulso se desató...

—Oh, ahora no, María.

Al oír la voz de mi madre, *Cora* saltó de mis hombros al suelo, cruzó la sala como un borrón de pelo grisáceo y se escondió bajo una silla.

Al instante siguiente, la puerta se abrió de par en par y mi madre irrumpió en la sala. Ni siquiera se había



detenido a quitarse el sombrero y su pecho subía y bajaba de forma casi violenta debido a su agitada respiración.

—¿Es cierto? —Se llevó una mano al pecho—. No puede ser cierto, Kitty.

—Kate —le recordé.

Seguí tocando sin inmutarme. Mozart requería concentración y, puesto que los sollozos de María habían dado paso a meros gimoteos, me dispuse a aprovechar el relativo silencio.

Sin darme tiempo a reaccionar, mi madre se dirigió con paso airado hacia el pianoforte taconeando con fuerza sobre el suelo de madera y me arrebató la partitura de malas maneras.

—¡Madre!

Me puse en pie e intenté recuperarla en vano, ella dio un paso atrás y la sostuvo por encima de la cabeza. Solo entonces me detuve a observar su rostro detenidamente. El corazón empezó a latirme con fuerza a causa del miedo.

—¿Es cierto? —volvió a repetir con voz queda y temblorosa—. ¿El señor Cooper te hizo una proposición de matrimonio y tú la rechazaste? ¿Sin ni siquiera consultarme?

Me tragué mi nerviosismo y me encogí de hombros fingiendo indiferencia.

—¿Qué tenía que consultarle? Ya le he dicho lo que pienso del matrimonio. —Inicié un nuevo intento por



hacerme con la partitura, pero ella la elevó aún más, sacando partido de los cinco centímetros con los que me aventajaba—. ¡Además, se trataba del señor Cooper! ¡Pero si tiene un pie en la tumba! Es probable que no viva ni para ver un nuevo año.

—¡Mejor aún! ¡Ojalá todas mis hijas tuvieran tanta suerte! ¿Cómo has podido desperdiciar esta oportunidad, Kitty?

Mi labio superior dibujó una mueca de disgusto.

—Ya le he dicho un millón de veces madre que no tengo la más mínima intención de casarme con nadie. Ahora, por favor, devuélvame la partitura. Estoy segura de que querrá que toque bien en Blackmoore.

Frunció los labios, se puso colorada y tiró al suelo la partitura, que no salió bien parada. Las páginas acabaron esparcidas por el suelo, arrugadas, como las alas de un pájaro herido.

—¡Madre! ¡Mozart!

Me agaché rápidamente para recuperar las páginas desperdigadas.

—¡Oh, madre! ¡Mozart! —se burló con voz chillona y agitando las manos alrededor de la cara—. Madre, no quiero hacer nada sensato como conseguir un buen marido. Lo único que quiero es ir a Blackmoore y tocar a Mozart y desaprovechar todas y cada una de las oportunidades que tanto esfuerzo han supuesto.

Me puse en pie aferrando la partitura contra el pecho y con el rostro encendido.



—No considero que mis metas, aunque difieran de las tuyas, sean desperdiciar...

—¡Tus metas! ¡Esta sí que es buena! —Se paseó de un lado a otro delante de mí taconeando con fuerza, como si intentara de paso pisotear también mi voluntad y mi voz—. ¿Y cuáles son exactamente esas metas?

—Ya sabe cuáles son —murmuré.

Se detuvo delante de mí con las manos en jarras.

—¿Qué metas? ¿Decepcionar a tu familia? ¿Malgastar unos recursos muy valiosos? ¿Convertirte en una vieja solterona como tu tía Charlotte? —Frunció sus cejas oscuras—. ¿Para eso he invertido en ti? ¿Para no recibir absolutamente nada a cambio salvo una niña tonta a la que solo le preocupan Blackmoore y Mozart?

Alcé la barbilla, decidida a no dejar que me temblase.

—Eso no es cierto. Me preocupan más cosas. La India, Oliver y...

—Oh, no me nombres la India, jovencita. ¡Otra vez no!

—Levantó los brazos y me estremecí involuntariamente—. No puedo creer que Charlotte se atreviera a invitarte en contra de mi voluntad. ¡La India! Como si no fueras ya suficiente carga para mí con esa cabezonería tuya y esa...

Se dio la vuelta de pronto y vino con paso airado en mi dirección. «No retrocedas», me dije. Apreté a Mozart contra el pecho y le ordené a mi barbilla que permaneciera erguida. Le sostuve la mirada.

—Se acabó, Kitty —concluyó levantando un dedo y agitándolo delante de mi cara—. Me he cansado de tu



testarudez. Pienso demostrarte que sé lo que es mejor para ti y pienso empezar ahora mismo. No irás a la India. Escribiré a tu tía Charlotte para decirle que ya he tomado una decisión. Y... —Me agarró por la barbilla y me obligó a cerrar la boca, que se había abierto automáticamente dispuesta a protestar. A esa distancia podía oler su aliento a té rancio. Continuó en un susurro—: Y no irás a Blackmoore. Te quedarás aquí hasta que aprendas cuál es tu sitio y no te molestes en recurrir a tu padre o aún tendrás más problemas de los que ya tienes.

Al soltarme, un brillo triunfal centelleaba en sus ojos marrones.

Negué con la cabeza mientras el corazón me latía con fuerza.

—No, madre. Por favor... Blackmoore no. Por favor, no me arrebate Blackmoore...

—¿No? ¿No? —Alzó un dedo, me silenció con la más dura de sus miradas y prosiguió en voz baja—: Ve a tu habitación y deshaz las maletas, Kitty.

Miré a mi madre fijamente a los ojos. Eran del mismo color que un viejo cepo oxidado que había encontrado en el bosque a los siete años y que con sus fauces de hierro tenía apresado a un conejo. El pobre animal ya no luchaba cuando lo encontré, aunque aún respiraba y pudo verme. Sus ojos se movieron cuando me incliné sobre él. Intenté liberarlo por todos los medios, pero el viejo metal oxidado se negaba a obedecer a mis dedos entrometidos.



A la desesperada, acabé por salir corriendo hacia la casa de los Delafield y arrastré a Henry hasta el bosque. Este echó un vistazo al conejo y negó con la cabeza. Agarró una piedra grande y me ordenó que me diera la vuelta y que me tapara los oídos. Empecé a llorar, pero hice lo que me había pedido.

Poco después, cuando apoyó su mano en mi hombro, abrí los ojos y bajé las manos. Dijo que el pobre animal había dejado de sufrir. Que era lo mejor que podíamos haber hecho por él. Imagino que después de aquello Henry se deshizo del cepo, ya que nunca más volví a verlo, a pesar de que iba al bosque casi todos los días. Sin embargo, nunca pude olvidarlo. No pude borrar de mi mente sus dientes enormes, ni su color oxidado o la tenacidad de su mordedura.

En aquel preciso instante, vi la misma tenacidad fría en los ojos de mi madre. Pensaba arrebatarme Blackmoore y la esperanza de viajar a la India, y no había nada que yo pudiera hacer para detenerla. No podía escapar de ella ni de su voluntad. Y la desesperación me golpeó con sus puños, puños que me vi incapaz de esquivar.

—Mi nombre —repliqué en voz baja— no es Kitty. ¡Es Kate!

Pasé de largo por su lado, me agaché para sacar a la gata de debajo de la silla y salí del salón sin derramar ni una sola lágrima. Pero fuera tropecé con María, pues había olvidado que se hallaba tirada en mitad de la



escalera, y caí sobre los codos mientras sujetaba a *Cora* y a Mozart.

No lloré, a pesar de que un dolor intenso me subió por los brazos y de que *Cora* me arañó la mejilla en su esfuerzo por escabullirse. No lloré al ponerme en pie con dificultad en medio de los gritos que María profecía para recordarme que mirara dónde pisaba; ni lloré mientras subía los escalones que me quedaban, recorría el pasillo hasta la última habitación a la derecha y cerraba la puerta con llave tras de mí.

Dejé a *Cora* en el suelo y arrojé la partitura sobre la cama. Me dolían los codos y las espinillas; sin embargo, el dolor retorcido de la impotencia gritaba más alto que ningún dolor físico. Me llevé ambas manos a la cabeza y me puse a caminar por la estancia de aquí para allá mientras luchaba contra las ganas de llorar. Tendría que haber previsto algo así. Cuando estaba a punto de conseguir lo que de verdad anhelaba, mi madre solía aparecer de pronto y arruinarlo todo. No obstante, lo que más me enfurecía no era la intromisión de mi madre, sino la sensación de absoluta impotencia que me embargaba. A mis diecisiete años, estaba presa en aquella casa de piedra y cristal, de sentimientos gélidos y de expectativas que nunca satisfaría.

Un grito ahogado azotó mi garganta y me poseyó la necesidad arrolladora de destruir algo. Sentí miedo y me quedé paralizada. La última vez que me había dejado llevar por ese sentimiento, lo había lamentado



profundamente. Mis ojos se detuvieron en la tablilla suelta que había bajo la ventana y acto seguido me volví hacia el baúl de madera que guardaba a los pies de mi cama. Llevaba cerrado tanto tiempo. Aunque tampoco perdía nada por echar un vistazo a su contenido.

Intenté levantar la tablilla suelta que había bajo la ventana con manos temblorosas, cuando un crujido en señal de protesta me anunció que había conseguido liberarla. Introduje la mano en el agujero y con las yemas de los dedos fui palpando la vieja madera astillada hasta que mis dedos se cerraron en torno al suave metal de una llave. Me arrodillé delante del baúl de madera y observé la cerradura que no había abierto en años. Finalmente, respiré hondo, metí la llave, la giré y levanté la tapa.

Un intenso aroma a cedro me dio la bienvenida. Se trataba del olor de mi infancia, del olor de mis secretos. Contuve la respiración al sacar la maqueta del baúl; siempre me parecía más pesada de lo que recordaba. La dejé en el suelo, bajé la tapa y luego la coloqué con cuidado encima del baúl.

Me senté en cuclillas y observé la maqueta de madera con una mezcla de admiración y pesar. Siempre era así. La adoraba, pero al mismo tiempo me invadían los remordimientos. La adoraba por lo que era y sentía remordimientos por lo que le había hecho. Recorrí con el dedo el contorno del tejado y me detuve al llegar al punto en el que estaba estropeado, al alcanzar los restos



astillados de lo que había sido un trabajo de artesanía laborioso. Aparté el dedo, me salté el destrozo y volví a apoyarlo donde la maqueta estaba intacta. «Te presento Blackmoore», susurré para mí. «Tiene treinta y cinco habitaciones, doce chimeneas, tres plantas, dos alas...».

Libros de
seada

Libros de
seada

